

Correspondencia con el Duque de Valmy.

AL SR. DONOSO.

PARÍS, Mayo 5, 1850.

SEÑOR MARQUÉS: Largo tiempo hace que deseaba una ocasión de ofrecer á Ud. el homenaje de mi admiración; y contando con su benevolencia, aprovecho la que se me presenta de ofrecerle el adjunto ejemplar de un libro que he publicado en estos días con el título *La fuerza del Derecho*.

En este libro he procurado expresar las verdades que con tan elocuente voz ha manifestado Ud. en la tribuna española, y ruégole, por tanto, que reciba mi recuerdo como la ofrenda de un discípulo.

No intentaré hacer una apología ni un análisis de la *Fuerza del Derecho* y del *Derecho de la Fuerza*, porque sería un trabajo inútil cuando menos, dirigiéndome á un juez tan competente como el marqués de Valdegamas, quien, dado que yo haya hecho una obra útil, sabrá demasiado comprenderla. Me limitaré, por tanto, á reclamar la indulgencia de Ud. para con la tentativa de un hombre de buena voluntad, que se tiene por dichoso en haber hallado ocasión de ofrecerse su muy afecto y respetuoso servidor,

EL DUQUE DE VALMY.

P. D. Mi editor está encargado de remitir á Ud. por el correo un ejemplar de la segunda edición de mi libro.

AL SEÑOR DUQUE DE VALMY.

MADRID, Mayo 10, 1850.

SEÑOR DUQUE: He retardado algunos días contestar á la que Ud. se ha servido dirigirme el 5, con la esperanza de recibir por el correo su última obra, que tengo gran deseo de conocer, y la cual no ha llegado aún á mis manos, como suele acontecer con los libros que se remiten de ahí por el correo. Me tomo, por tanto, la libertad de rogar á Ud. que se sirva remitir su obra al Sr. Duque de Sotomayor, nuestro embajador en París, el cual aprovechará la primera ocasión favorable de enviármela por conducto seguro.

Ya he tenido el gusto de leer algunos fragmentos de *La Fuerza del Derecho* en los periódicos religiosos, y me ha bastado esta lectura para acrecentar la estimación que á Ud. profesaba, como á persona en quien se armonizan de una manera perfecta el nombre, el carácter y el talento. Por este motivo aprovecho solicito la ocasión de manifestar á Ud. el gusto con que veo entablarse relaciones entre nosotros. Réstame únicamente reclamar la indulgencia de Ud. si no le escribo de una manera adecuada, porque faltándome costumbre de manejar su lengua, me ha de ser imposible expresarme con la amplitud que quisiera.

De Ud. afectísimo y respetuoso servidor,

EL MARQUÉS DE VALDEGAMAS.

AL SEÑOR DUQUE DE VALMY.

MADRID, JUNIO 17, 1850.

Afortunadamente, Sr. Duque, he recibido no sólo el ejemplar que se ha servido Ud. remitirme por conducto del señor duque de Sotomayor, y que acabo de recibir en este instante, sino también el que me ha enviado el editor de Ud., y el cual contra mis esperanzas llegó á mis manos hace tres días.

Acabo de terminar la lectura de su obra. Es verdaderamente un libro de otros tiempos: en nuestros días no se suele escribir sobre cuestiones candentes con esa imparcialidad serena, con esa exquisita cultura, y esa sobriedad de buen gusto. La bella literatura ha muerto, llevándose consigo el secreto de todas esas cualidades. Pero el libro de Ud. las reúne en alto grado: es, á un mismo tiempo, un buen libro y una buena acción, destinado como lo está entre todos á preparar el triunfo de los sanos principios, y la reconciliación entre hombres estimables, separados hoy por las revoluciones.

Dios bendecirá los valerosos esfuerzos de Ud. Por lo demás, usted ya sabe que sus principios son los míos; y únicamente añadiré que también adopto de la misma manera sus conclusiones. Debo dar á Ud. mil gracias, Sr. Duque, y se las doy de todo corazón por el sumo placer que me ha proporcionado, haciéndome leer cosas tan bellas en sí, expresadas con tan bello lenguaje.

De Ud., Sr. Duque, tengo el honor de repetirme afecto y respetuoso servidor,

EL MARQUÉS DE VALDEGAMAS.

AL SR. DONOSO.

PARÍS, JULIO 9 DE 1850.

SEÑOR MARQUÉS: Las dos cartas que se ha servido Ud. escribirme, me son tanto más apreciables, cuanto mayor es la benevolencia con que en ellas ha querido hablar de la *Fuerza del Derecho*, y de su autor. Estimo la opinión de Ud. sobre todas las demás que se han dignado honrar á mi obra, y la estimo sobre todo por las frases con que Ud. termina.

Nada podría serme más grato que oír de los labios de usted, que estamos de acuerdo en todos los puntos; y esta aserción me hace concebir la esperanza de que no haya sido Ud. bien comprendido cuando se ha querido presentarle en abierta disidencia con uno de sus más ilustres compatriotas, el Sr. Balmes, en la manera de apreciar el sistema general de política adoptado por Pío IX al principio de su Pontificado.

Ciertamente que una inteligencia tan elevada é imparcial como la de Ud., no podía dejar de ver que el pensamiento de las reformas intentadas por Pío IX era hijo de su elección misma en 1846; y que estas reformas, á pesar de cuanto pueda decirse sobre el modo en que se han desenvuelto, han sido una salvaguardia del poder temporal del Papa en presencia de una revolución que iba volcando á todos los poderes constituidos.

Verdad es que el sistema de Pío IX no siempre ha logrado impedir que el torrente revolucionario se desborde por la Italia; pero no es menos cierto que ha bastado para aplazar este desbordamiento hasta la época en que los partidos católico y conservador han adquirido la fuerza suficiente para emprender la restauración del Pontificado. Aun pudiera añadirse que

Pío IX ha obtenido un auxilio que la República francesa habría negado á otro Pontífice menos popular, si aún es lícito usar esta palabra tantas veces prostituída. Como quiera que sea, no entraré aquí á discutir esta tesis. Permítame Ud. añadir únicamente que, teniéndose en cuenta el estado de los ánimos y la comezón reformadora del presente siglo, Pío IX, juzguense sus actos como se quiera, ha sido el enviado de Dios para estos tiempos fuera de la regla común, *homo missus a Deo*.

Usted sabe, señor Marqués, la sinceridad con que se ofrece suyo afectísimo y respetuoso servidor,

EL DUQUE DE VALMY.

AL SEÑOR DUQUE DE VALMY.

MADRID, Julio 20 de 1850.

He recibido, señor Duque, la apreciable de Ud. del 9.— Usted es persona que me inspira tal confianza, y siento además que su amistad me es tan necesaria, que, para merecerla, me propongo ser con Ud. completamente franco. No sé, en verdad, cómo me arreglaré para expresar á Ud. en una lengua para mí extraña, lo que tengo que decirle, pero de todos modos, voy á ver si logro hacerme comprender de Ud., que es todo lo que me basta.

La cuestión es la siguiente:—¿El sistema general de política adoptado por Pío IX en los principios de su Pontificado, es bueno ó malo?—Yo he dado á esta pregunta dos respuestas en realidad idénticas, en apariencia contradictorias; pues que en una ocasión he dicho *sí*, y en otra he dicho *no*. He dicho *sí* en un escrito acerca de Pío IX, que vió la luz pública antes

que el del Sr. Balmes sobre el mismo asunto, y que no es conocido en Francia: se lo mandaré á Ud. á la primera coyuntura favorable, aunque ignoro si comprende Ud. el español. He dicho *no* en uno de mis discursos, y este fué conocido por el señor presbítero Val-Roger, que tuvo la bondad de unir mi nombre al del Sr. Balmes en el *Amigo de la Religión*.

Ahora, pues, voy á expresar mi pensamiento todo entero. Helo aquí:

El mundo creía que la Iglesia no era tan católica como su nombre: el mundo creía que la Iglesia era una Reina servida por esclavos, y que sólo sus esclavos se la podían acercar libremente. Era necesario desengañar al mundo, y Pío IX ha sido el hombre de quien Dios ha querido servirse para desengañar al mundo por lo que respecta á su Iglesia: así debe interpretarse en mi juicio la conducta de este gran Pontífice. Así como en otro tiempo su Divino Maestro llamó así á los judíos y á los gentiles, el gran Pontífice ha venido para llamar así á los monárquicos y á los liberales. Ha sido crucificado por los liberales, como su Maestro lo fué por los judíos. ¡Ay de los judíos! ¡Ay de los liberales!... En uno y en otro caso ha habido un llamamiento seguido de una catástrofe: y en uno y en otro caso, á pesar de la catástrofe, hay que tener el llamamiento por bien hecho.

Este es mi *sí*. he aquí ahora mi *no*. Me parece bien que los liberales hayan sido llamados; pero á condición de que, lo mismo que los judíos, no sean llamados más que una sola vez por todas hasta el fin de los tiempos: me parece que nuestro gran Pontífice será de la misma opinión. Creo estar en el buen camino aprobando lo que se ha hecho; pero no, sin embargo, creyendo que deba renovarse la experiencia. Justo, prudente y hasta necesario era que la Iglesia abriese sus brazos á todo el mundo; pero justo, prudente y necesario es también que la Iglesia, sin cerrar sus brazos, vuelva los ojos hacia los que han encanecido respetándola y amándola.—Nuestro Señor llamó á todo el mundo, bendijo á todo el mundo, perdonó á todo el

mundo, y pidió por sus enemigos; pero cuando, pasada la catástrofe, salió de su sepulcro, no fueron ciertamente sus enemigos con quienes envió á reunirse á María Magdalena, sino con sus Apóstoles y sus hermanos.

Confesaré á Ud. francamente que me causa espanto ver el camino por donde ha echado cierta parte del clero francés. So pretexto de no querer hacer á la Iglesia solidaria de un partido ó de una forma determinada de gobierno, se pretende lanzarla en el campo de las aventuras. ¿Cómo no ven esos desgraciados que por este camino se va forzosamente á parar á una catástrofe? Nuestro Señor ha amenazado con desconocer en el cielo al que tenga vergüenza de confesarle á Él en la tierra. ¿Cómo se oculta á esos sacerdotes de quienes voy hablando, que al aconsejar á la Iglesia que desconozca á sus fieles y que se avergüence de sus amigos, no hacen otra cosa sino aconsejarla que cometa aquel gran pecado del avergonzamiento y de la ingratitud? Podrá ser este quizá el consejo de la prudencia humana; pero la prudencia humana es á veces bien mezquina y bien imprudente.

Tengo el honor, señor Duque, de saludar á Ud. como siempre, su muy afecto y respetuoso servidor,

EL MARQUÉS DE VALDEGAMAS.

AL SR. DONOSO.

PARÍS Septiembre 22 de 1850.

SEÑOR MARQUÉS: Á no haber consultado sino mi anhelo de reiterar á Ud. el homenaje de afecto y estimación que nuestras relaciones me han inspirado, habría respondido antes á su interesante última del 20 de Julio. Pero aguardando el folleto de Ud. sobre Pío IX, se echó encima mi viaje á Wisbaden; y después, cuando he recibido aquel opúsculo, he tenido que leerlo con la dificultad que me producía estar escrito en español, lengua que no cultivo hace largo tiempo: todo lo cual explicará Ud. mi dilación en anudar una correspondencia tan grata para mí.

Hoy que ya, en fin, conozco el escrito de Ud., me apresuro á manifestarle que su lectura ha acrecentado en gran manera la admiración que la noble inteligencia de su autor me había ya de antes inspirado.—¡Qué magnífica explicación del carácter de las reformas de Pío IX! ¡Qué exposición tan elocuente del espíritu de nuestra santa Religión! Si mi último escrito ha obtenido alguna boga, estoy cierto de que consiste en haber indicado en él algunas de las verdades tan claramente demostradas por Ud.

Voy á tomarme todavía la libertad de decirle cuatro palabras acerca de la cuestión que se ha dignado Ud. tratar conmigo.

El sistema general de política adoptado por Pío IX, ¿es ó no conveniente? Ayer decía Ud. *sí*, hoy dice *no*. En su folleto encuentro deducidos los motivos del *sí*: allí veo cuán brillantemente ha sabido Ud. presentar en toda su grandeza la acción del Pontificado, y con cuánta exactitud ha demostrado que

Pío IX es el glorioso continuador de San Anselmo, de Gregorio VII y de Inocencio III. Admirador entusiasta como yo soy de Pío IX, todavía he aprendido de Ud. lo que hay principalmente que admirar en la obra de este Pontífice.

Al buscar después en la carta de Ud. los motivos de su *no*, encuentro como único el llamamiento hecho por Pío IX á los liberales; y conforme con Ud. en que, si el sistema general de este Pontífice no hubiera consistido más que en aquel llamamiento, por nada en este mundo debería repetirse, creo sin embargo, señor Marqués, que aquel llamamiento no es en rigor más que un mero incidente de la empresa de Pío IX, tan lealmente explicada en el folleto de Ud.; y siendo esto así, claro es que ninguno de los fundados cargos que pueden formarse en este incidente, afecta en nada á la política general del Pontífice. Aun me aventuraría á asegurar más, y es que en verdad no puede decirse que Pío IX ha llamado á los liberales, sino que los liberales se han ido á él para turbar su obra, en lo cual ciertamente tampoco han triunfado por sus propias fuerzas, pues el Papa habría frustrado de seguro sus manejos si no hubiese tenido contra sí varias circunstancias, como son: primera, la imprevisión de los Soberanos de Italia, quienes negándose á seguir á Pío IX, han promovido en sus respectivos Estados explosiones revolucionarias: segunda, la misión de Lord Minto, expresamente enviado á Italia para favorecer estas explosiones en un sentido anticatólico y antifrancés; por último, la revolución de Febrero, que ha venido á promover en Italia, como en todo el resto de Europa, un sacudimiento contra el cual estaba Pío IX menos *armado* que el Emperador de Austria y el Rey de Prusia.

Por no alargar demasiado esta carta, me tomo la libertad de remitir á Ud. adjunto un escrito en que hace un año traté de las reformas de Pío IX, y en el cual expongo los fundamentos de la opinión que acabo de manifestar.

Resumiendo cuanto dejo dicho, creo exactamente como usted que Pío IX, no debe repetir su llamamiento á los liberales;

pero también creo ser de la opinión de Ud. añadiendo que el Papa debe proseguir sus reformas en el sentido y manera que usted ha indicado, con el fin de romper las cadenas de la Iglesia, y de salvar al mundo de la nueva servidumbre que le impediría la filosofía anticatólica.

En cuanto á los auxiliares de que deben valerse el Papa y la Iglesia, es evidente que deben ser los amigos de la Iglesia y del Papa. En la lucha de las opiniones, la Iglesia no debe mostrarse tan desinteresada, que llegue hasta ser indiferente al bien ó al mal. Por lo que hace al camino emprendido por cierta parte del clero francés, no vacilo en calificarlo como un acto de ceguedad y de ingratitud. Esperemos que Dios se dignará ilustrarlos acerca de las intenciones positivas de los que encubiertos con distintos disfraces, son siempre los hijos de Voltaire; y confiemos en que el clero no querrá perder las ventajas que le dan sus virtudes en una época en que se van haciendo tan raras.

De Ud. como siempre, señor Marqués, afectísimo y respetuoso servidor y amigo,

EL DUQUE DE VALMY.